

# LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR / SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA

A lo largo de este tiempo de Pascua, hemos reflexionado sobre cómo Cristo resucitado nos encuentra en medio de nuestro miedo, camina con nosotros en medio de nuestra confusión, nos guía como nuestro Buen Pastor, se revela como el camino a seguir y pone Su Espíritu en nuestro interior. Esta semana, el recorrido de Pascua nos lleva hacia algo externo. En muchas diócesis, la Iglesia celebra este domingo la Ascensión del Señor, mientras que otras la celebran el jueves. En cualquier caso, se nos llama a participar en mismo misterio: Cristo asciende al Padre, no para dejarnos, sino para enviarnos hacia adelante.

Esta es una verdad relevante para quienes estamos en recuperación. La sanación nunca está destinada concluir en nosotros. La libertad que recibimos no es algo que se debe ocultar o acumular. Está hecha para compartirse. Así como los discípulos fueron formándose al tiempo de ir caminando al lado de Jesús, nosotros también nos transformamos al recorrer el camino junto a Él, para luego ser llamados a ayudar a que otros encuentren la misma esperanza que hemos recibido.

Antes de ascender al Cielo, Jesús da a sus discípulos una misión clara (Mateo 28:18-20): *“Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones... enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.”* Fijémonos que Jesús da tanto una comisión como una promesa. Él los envía, pero no solos.

Esto refleja una verdad fundamental en la recuperación. Ninguno de nosotros se curó en aislamiento. Alguien compartió con honestidad algo en una reunión. Alguien nos contactó cuando estábamos pasando por un mal momento. Alguien nos acogió, nos apadrinó o amadrinó, nos retó o se sentó a nuestro lado en nuestro dolor. En algún momento, lo que se nos dio gratuitamente pasó a formar parte de nuestra propia sanación. Después, muchas veces antes de sentirnos completamente listos, empezamos a reconocer que lo que hemos recibido está destinado a transmitirse.

Este es el corazón del Paso Doce: habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar el mensaje a los alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos. Transmitir el mensaje no siempre significa gestos espectaculares. A menudo, parece como estar presente de manera fiel: asistir a juntas, preparar café, coordinar una reflexión, atender la llamada de un recién llegado, ofrecer apadrinamiento o amadrinamiento o simplemente hablar con honestidad sobre cómo Dios se encontró con nosotros en medio de nuestra debilidad.

En *La Espiritualidad de la Imperfección*, Ernest Kurtz y Katherine Ketcham escriben: “En las relaciones de unión damos recibiendo y obtenemos dando” (p. 83). Esto es profundamente cierto en la recuperación. Descubrimos que el servicio no es una obligación que se nos impone, sino un regalo que nos mantiene espiritualmente vivos. Conservamos lo que tenemos regalándolo.

Las primeras lecturas a lo largo de la Pascua nos han mostrado la transformación de los apóstoles. Eran personas regulares que tuvieron miedo, confusión y eran imperfectas, pero que se convirtieron en testigos valientes gracias al poder del Espíritu Santo. Pedro, quien antes negó a Jesús, se convirtió en un líder valiente. Los discípulos no fueron elegidos porque tuvieran todo en orden. Fueron elegidos porque estaban dispuestos a transformarse e ir a donde Cristo los envió.

Esa misma verdad aplica a nosotros. No necesitamos esperar a sentirnos espiritualmente limpios o emocionalmente perfectos para ser útiles a Dios y a los demás. Nuestras heridas, compartidas con honestidad, se convierten en lugares donde la gracia puede alcanzar a otra persona. Nuestra historia pasa a formar parte de la esperanza de otra persona.

A medida que la Pascua termina y Pentecostés se acerca, se nos recuerda que la recuperación no solo consiste en liberarse de la adicción, la compulsión o el apego dañino. Se trata de convertirse

en hombres y mujeres que viven de manera diferente: personas moldeadas por la gracia, fortalecidas por la comunidad y enviadas con un propósito.

Cristo ha ascendido a los Cielos, pero no nos ha abandonado. Permanece con nosotros siempre: en la Eucaristía, en la oración, en la comunidad y a través del Espíritu que está vivo dentro de nosotros. Lo que hemos recibido está destinado a compartirse. Mientras seguimos en la recuperación, se nos llama no solo a seguir a Cristo, sino a ayudar a otros a descubrir la libertad que Él ofrece.

## PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Quién te transmitió esperanza al inicio de tu recuperación y cómo influyó eso en tu camino?
- ¿De qué maneras se te invita hoy a llevar un mensaje de esperanza, sanación o motivación a los demás?
- El servicio, la comunidad o el acompañamiento, ¿cómo han fortalecido tu propia recuperación conforme va pasando el tiempo?

## LECTURAS DOMINICALES

**PRIMERA LECTURA** Hechos 1:12-14

**SAL. RESP.** Salmo 27:1, 4, 7-8

**SEGUNDA LECTURA** 1 Pedro 4:13-16

**EVANGELIO** Juan 17:1-11a